

Javier Vela

Pequeñas sediciones



menos**cuarto**

reloj de arena

Colección dirigida por FERNANDO VALLS

© Javier Vela

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO], 2017

ISBN: 978-84-15740-46-9

Dep. Legal: P-85/2017

Imagen portada: *Combo de tres años de edad a la derecha explica a Freddie (de 2 años) los movimientos de las diferentes piezas de ajedrez*. Noviembre de 1962 (Alamy Stock Photo).

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Todo en la naturaleza tiene una esencia lírica,
un destino trágico y una existencia cómica*

GEORGE SANTAYANA

Sin título

Una brizna de hierba se abre paso a través de una grieta en el asfalto. A diario los coches recorren la calzada mientras la hierba crece, imperturbable. Así empieza la historia.

Antes del fin del mundo

Un meteorito había colisionado contra el planeta Tierra sin el menor estrépito. Un par de horas más tarde, sin embargo, todos los noticiarios profetizaban el apocalipsis. Miles de botiquines de primeros auxilios fueron ávidamente dispensados. El precio del petróleo marcó cifras insólitas. Ana pidió permiso en el trabajo para pasar más tiempo con sus hijos. Stefan y su novio se besaron como si se tratase de la última, de la primera vez. La gente comenzó a salir de casa con un raro calambre de entusiasmo. A veces sonreían. A veces simplemente se sentaban sobre un palmo de césped y esperaban a la salida del sol. Lo que llamamos mundo, lejos de extinguirse, giró sobre sí mismo con renovado ímpetu. El meteorito nunca apareció.

El impostor

Hará cosa de un año, presa de los efectos antigravitatorios de una jornada pródiga en alcohol, me vi sin saber cómo en una fiesta a la que todo el mundo debía ir disfrazado de su mejor amigo. Yo no sabía ni jota, desde luego, así que fui vestido de mí mismo, aunque por suerte nadie se dio cuenta.

—Mirad a ese de ahí —dijo una mujerota de rostro mofletudo cuando me vio pasar frente a su mesa para servirme un vaso de cerveza—. Es el mejor disfraz que he visto hoy.

Vino y me dio dos besos con aire fraternal. Se hacía llamar Sofía. Ningún otro invitado se opuso a su dictamen ni pareció dudar por un instante de mi autenticidad.

—Hasta camina igual —observó alguien—. Y esa postura... ¡Cómo se parece!

No supe qué decir. Yo no podía saber quién era quién, ni si Sofía realmente era *Sofía* o una impostora más que, con astucia, se hacía pasar por ella. Cuando acerté a juntar unas palabras, un tipo situado a la derecha me señaló de nuevo:

—¿Le estáis oyendo hablar? —se sorprendió, jocosamente, haciendo un gesto cómplice a la audiencia—. Tiene su misma voz...

Callé de pronto, un poco consternado. La mesa de bebidas era más bien insulsa y la comida estaba algo manida. Discretamente anduve hasta la puerta, dejé el vaso y salí sin despedirme.

Al regresar a casa entré en el baño y al verme en el espejo no me reconocí. Confuso, fui a acostarme. La cama era más dura de lo que recordaba, aunque el cansancio me hizo transigir. Cuando me desperté, me descubrí abrazado a la cintura de la mujer de otro, y aquí sigo: los meses pasan sin escapatoria por este bucle de suplantaciones y malos entendidos. Mientras tanto, deambulo por la casa fingiendo ser quien era y día a día intento convencerla de que lo nuestro debe terminar. Su llanto me conmueve, qué remedio. Pero ella no me cree, y así es feliz.

Indagaciones en el Pacífico sur

Décadas antes del nacimiento de Newton, un coco de notables proporciones se descolgó en el cráneo de un indígena sin darle tiempo a que sus intuiciones sobre la interacción gravitatoria y el peso de los cuerpos cristalizaran en una ley general.

Otra vuelta de tuerca

—No creo en los fantasmas —dice con suficiencia el
viejo escéptico, arrastrando la sábana.